

CONTRA LA PARED

Arturo Berroeta*

Las manos unidas con los dedos entrelazados detrás de la nuca, la frente y los codos apoyados en la pared, las piernas abiertas y la punta de los pies separados del muro unos 60 centímetros.

Poco rato antes las seis personas habían estado sentadas en el comedor, conversando y cambiando impresiones sobre los sucesos ocurridos en los últimos días. Ahora, todos en idéntica posición, formando una hilera en el pasillo, esperaban. La orden había sido mantenerse absolutamente inmóviles y a sus espaldas había un soldado con el dedo puesto en el gatillo de la metralleta que garantizaba que la orden sería cumplida.

La patrulla militar había llegado casi a las diez de la noche. Un golpe suave en la puerta, un brusco empujón al entreabrirse ésta y la irrupción de tres soldados con las armas apuntadas contra los presentes:

—¡Allanamiento! ¡Nadie se mueva!

Luego, órdenes rápidas y cortantes:

—Todos acá.

—Las manos en la nuca.

—Cara contra la pared. ¡Camíne! ¡Camíne!

—No se mueva. ¡Quédese ahí! ¡Afírmese en la pared! ¡Separe las piernas! ¡Así!

Después:

—¿Hay más gente en la casa? ¿Dónde están?

—No, no hay nadie más, sólo nosotros. Pero, dígame de qué...

—¡Silencio! ¡No se muevan!

Los prisioneros no parecían ser una presa de cuidado. Dos muchachos de 12 y 17 años, una muchacha de 18, dos hombres con canas a los 40 y una mujer alta y gorda que habría superado recién la treintena. Había un aire familiar en todos ellos.

Los jóvenes parecían hermanos, se veían tranquilos y obedecían las órdenes con calma y en silencio. Al comienzo, el muchacho mayor había reaccionado con furia.

—¿Qué quieren estos desgraciados? —pero se contuvo al ser reconvenido por su padre y no alcanzó a ser oído por los soldados.

El hombre alto debía de ser el dueño de casa. Era el único que se había permitido hablar para imponer tranquilidad a los demás y decirles que obedecieran las órdenes sin discutir. En cambio, los otros dos, la mujer y el hombre que parecía un poco más joven, estaban claramente alterados: sus ojos, humedecidos y más abiertos que de costumbre, se movían rápidamente de un soldado a otro, desde las caras a las metralletas, de un rincón a otro de la habitación; pero también obedecieron las órdenes y mantuvieron silencio.

Para el esmirriado conscripto que custodiaba a los detenidos, éste era el quinto allanamiento desde el 11 de septiembre. Esos cuatro días habían transcurrido afiebradamente y apenas si habría dormido 20 horas en total. Pero no se sentía cansado. Al contrario, las cápsulas de anfetamina que le daban cada seis horas mantenían sus nervios tan tensos y excitados que se sentía capaz de cualquier cosa por difícil que fuera. Lástima que las malditas pastillas no eliminaban el miedo, ese terror visceral que le había invadido desde que su regimiento recibió la orden, recién el lunes, de trasladarse a la capital. No les dijeron de qué se trataba ni a qué iban, pero ellos sabían lo que vendría y lo que tendrían que hacer. Estaba en el ambiente hacía tiempo y, desde que había renunciado el general Prats, los oficiales y suboficiales no se recataban en hablar contra el gobierno y anunciar que la hora estaba próxima. Por eso, cuando salieron, llegó el miedo y fue creciendo y creciendo desde que empezaron las acciones del martes.

* Escritor chileno. Revista *Universidad de México*, septiembre de 1978, vol. XXXIII, núm. 1

A él no le había correspondido todavía participar en ningún enfrentamiento armado. Hasta ahora, había estado primero haciendo guardia y revisando vehículos en un cruce de calles, y desde el segundo día le ordenaron que integrara esta patrulla a las órdenes del mayor. No conocía previamente a ninguno de sus compañeros y éstos lo trataban con aires de superioridad porque se dieron cuenta de que él era del campo, del sur, y nunca antes había estado en Santiago. Lo llamaron *el Huasito* y en todas las acciones lo encargaban siempre de las tareas más desagradables. Pero sabía que no podía reclamar ni hacer observaciones; ya había tenido un buen ejemplo en el primer allanamiento que hicieron en una población; uno de sus compañeros, que cometió la imprudencia de intentar defender a una mujer a la que un cabo golpeaba salvajemente mientras la interrogaba, recibió como respuesta: "¿Así que sois comunista, desgraciado?", acompañado de un culatazo en la cara y el envío a las mazmorras del cuartel donde sabe Dios qué le esperaba. Eso era lo más claro de todo, quizá lo único que él tenía realmente bien comprendido; había que obedecer sin chistar y cumplir exactamente lo que se le ordenaba. A lo mejor, en una de éstas tenía buena suerte y se le presentaba la oportunidad de agarrar algo, como había visto hacer a otros soldados que ya habían conseguido un par de cámaras fotográficas, una radio a pilas y hasta dinero. Y eso que sólo habían allanado a gente que era hartos más pobre que las de esta casa y de las que, al parecer, vendrían después. Ya se veía volviendo a su pueblo, con cara de héroe, a buscar a la Rosita, llevándole de regalo alguna de esas cosas que se podían coger en las casas de estos marxistas, que habían querido robarse todo y liquidar el país para convertir a los chilenos en esclavos de los rusos y los cubanos, como les había dicho su coronel cuando les habló en la madrugada del martes, antes de que salieran a los operativos.

Después de haber sido colocado contra la pared, con la prohibición de moverse y hablar, el hombre quedó ubicado entre sus hijos y sus primos, prácticamente al centro del grupo. A su lado derecho la mujer y al izquierdo el muchacho menor. A pesar de la posición podía mirarlos de reojo; lo preocupaba la mujer, pues temía una reacción nerviosa que podría ocasionar un desaguisado similar al que había

ocurrido con la pareja que estaba al lado suyo esa misma tarde, cuando fue detenida frente al cerro Santa Lucía para revisión del automóvil por una patrulla de carabineros. Estaban de pie, también con las manos en la nuca, mirando hacia el cerro, de espaldas a la calle y los automóviles. Una revisión de rutina buscando armas o elementos comprometedores, como se hacía en todo Santiago en esos días y que a él ya le había tocado varias veces, la primera el mismo día 11, a las cinco de la tarde, cuando volvía desde el centro hasta su casa. Era cosa de paciencia solamente, pero la mujer empezó a protestar a viva voz, presa de la histeria, y recibió un insulto y un empujón del carabinero que los custodiaba; su acompañante quiso intervenir y obtuvo de inmediato una ración de puntapiés y culatazos que de seguro le quebraron alguna costilla; después, por orden del oficial a cargo, ambos fueron conducidos a empujones y golpes hacia la comisaría ubicada a una cuadra del lugar.

También, girando un poco la cintura, podía ver al soldado que los vigilaba y eso lo inquietó más aún. Flaco y de poca estatura, escasamente le alcanzaba el hombro; sus ojos se notaban extraños por lo dilatado de las pupilas y sus manos aferraban nerviosamente la metralleta, que apuntaba de frente, a la mitad del cuerpo de los detenidos. La figura toda del muchacho, no tendría 20 años, trasuntaba su miedo e inseguridad. Había, también, algo en su actitud que parecía traslucir odio y resentimiento; daba la impresión de que para él sería un placer apretar el gatillo y barrer a las personas que tenía por delante.

El mayor, encargado de la patrulla, había entrado con cuatro hombres más, los que harían el registro, inmediatamente después de que los primeros soldados avisaron que la situación dentro de la casa estaba dominada. La denuncia recibida acusaba la posibilidad de que hubiera un depósito de armas y aseguraba que se habían visto movimientos extraños el día 12 de septiembre en esa casa. Advertía, además, que se trataba de gente peligrosa cuyas actividades habían sido cuidadosamente vigiladas desde hacía más de un año por los cuadros de Patria y Libertad de la manzana, los que habían detectado allí un gran número de reuniones y actos sospechosos. Por esta razón se había preocupado de tomar

las debidas precauciones. Los tres jeeps que transportaban a sus 20 hombres habían llegado silenciosamente; hizo montar dos ametralladoras en el frente de la casa y distribuyó a los soldados en los lugares que consideró estratégicos para el caso de que se presentara alguna resistencia. Sin embargo, por el barrio en que estaban, no creyó que la denuncia fuera efectiva y pensó desde un comienzo que se trataba de un trabajo inútil, tan inútil como habían sido hasta ahora todos los allanamientos que había realizado.

Él no era oficial de carrera. Perteneció a las filas del ejército pero se había acogido a retiro cuando tenía el grado de teniente, buscando mejorar su situación económica. De eso hacía casi 25 años. Se había casado, siendo teniente, con la hija de un industrial acaudalado y ahora, y desde entonces, había trabajado en los negocios de su suegro desempeñando funciones llamadas "de confianza" que, él lo sabía muy bien, no eran otra cosa que el subterfugio digno con el cual se le aseguraba un nivel de ingreso para su familia que correspondiera con las exigencias del medio social en que se desenvolvían. Por eso, nunca se despegó totalmente de la vida militar y muchas veces se sintió arrepentido de haber dejado esa profesión en que él valía por sí mismo. Había seguido como oficial de la reserva, vestía el uniforme en algunas ocasiones, cuando había celebraciones solemnes y, más que nada, frecuentaba regularmente los casinos de oficiales para convivir con sus ex compañeros de armas. Ahora se había presentado su oportunidad. Sus camaradas sabían lo que él pensaba de la UP y de los comunistas; muchas veces lo hablaron, al principio ocultamente en reuniones privadas, después, al final, abiertamente en los casinos y en todas partes.

Cuando llegó la hora lo llamaron y él no había fallado. Sólo lamentaba no tener más que el grado de mayor y que por ese motivo lo hubieran destina-

do a estos menesteres secundarios. Si hubiera seguido la carrera regular sería coronel y estaría en la antesala del generalato. Y ahora sí que un alto grado militar tendría la importancia social y económica que le correspondía; ya no podría cualquier civil baboso mirar en menos a un oficial de las fuerzas armadas de la república. Ya vería el viejo cabrón de su suegro quién le hacía favores a quién y cuál de los dos era más importante.

El mayor participó en el primer registro. Se hizo rápidamente, más que nada para buscar si había alguien escondido y determinar si existía algún lugar que ameritara una revisión a fondo. Después se instaló en el comedor para proceder al interrogatorio de los detenidos. El registro más minucioso quedaría a cargo del sargento y sus hombres, pero esta vez el interrogatorio lo haría el personalmente. No quería que se repitieran las escenas que tuvo que presenciar en los allanamientos hechos en las poblaciones marginales y en los barrios pobres. Cierto que ésta no era, indudablemente, una casa de gente de gran posición; había de todo, pero los muebles eran modestos; no se veía equipo estereofónico, el automóvil estacionado en el jardín era un modelo con más de diez años de antigüedad y la despensa estaba casi vacía. En cambio, en el pasillo de los dormitorios había una estantería de seis metros de largo por dos de alto llena de libros que aún no habían tenido tiempo de revisar. Con gente así había que andarse con cuidado; no tenía otros antecedentes que la denuncia y las primeras observaciones discretas y podía muy bien ocurrir que éstos tuvieran relaciones o contactos que hicieran pagar de alguna manera los abusos excesivos.

Ya había tenido cuidado de advertir a sus hombres que en estos allanamientos en el barrio alto (todavía habría dos más para ellos esa noche) tendrían que actuar de otra manera; no podrían llegar dando golpes y patadas, ni botando las puertas a





empujones, ni reventando colchones con las bayonetas, ni rompiendo los muebles a culatazos; tampoco deberían manosear a las mujeres ni rasgarles la ropa. Eso estaba bien para tratar el rotaje y hacerlos agarrar miedo, pero acá había que evitarlo.

En cambio, al *Huasito* le parecía que la casa no era modesta. Encontraba que no era muy grande, pero había lámparas, una alfombra entre los sillones del *living*, un comedor aparte y afuera, en el jardín, un automóvil de ésos que él nunca llegaría a tener. Además, todo estaba encerado y había cortinas.

Así vivían éstos de la UP —reflexionó—. Y después le decían a la gente que había que repartir las cosas, que todos eran iguales y otro montón de huevadas que hacían que los pobres se sintieran macanudos y que en poco tiempo tendrían de todo.

Y la gorda, ¿cómo se sentiría si le metiera el cañón de la metralleta por el culo? El tremendo grito que largaría, o a lo mejor se sentiría feliz y acababa de puro gusto.

Pensó que el mayor la había cagado cuando ordenó que tratara bien a estos huevones. Por la forma como lo miró el tonto grande cuando le mandó que se pusiera contra la pared y abriera las piernas, con gusto le habría dado una patada en las pelotas, a ver si no se le quitaba lo sobrador.

La que no estaba nadita de mal era la chiquillona; seguro que los guardias del cuartel estarían felices si se la llevaban como prisionera. Ellos se habían afilado a casi todas las que habían caído por allá y nadie les decía nada. Ayer le habían contado que una cabrita de 15 años se les murió después de que le habían pasado como diez por encima; es que tuvieron que pegarle para que se dejara y se les pasó la mano.

El hombre ya se estaba sintiendo cansado. Aparte de la sensación de estar totalmente indefenso, la posición no era incómoda al principio, pero después

de media hora se hacía molesta y, transcurrida una hora completa, ya comenzaba a dolerle la espalda y se hacía sentir su exceso de peso; las piernas cansadas le cosquilleaban, empezando a insinuar los primeros calambres.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido? Oía a los soldados moverse en el interior de la casa, remover los tablones que estaban apilados en el patio, entrar a los dormitorios, abrir cajones y armarios. Sabía que no encontrarían armas sencillamente porque no las había en la casa. La pistola *Luger*, con su triste cargamento de cuatro balas, estaba enterrada bajo el parrón y tendrían que ser brujos para hallarla. Pensó que podrían robarle algunas cosas, pero eso no le preocupaba mayormente; total, no había nada muy valioso y no tenía dinero en casa en ese momento.

Mientras tanto el mayor había comenzado su interrogatorio en el comedor. El conscripto iba ordenando quién debía pasar, el oficial los interrogaba, los devolvía y pasaba el siguiente. Empezaron por los muchachos, del menor al mayor. Luego tocaba el turno a la mujer.

Un golpe nada suave dado en el antebrazo con el caño de la metralleta:

—A ver, usted, camine.

—¡No me golpee! ¡Qué se ha imaginado!

—Ya, cálese y muévase. ¡Rápido! —la voz del conscripto, queriendo ser enérgica y decidida.

La mujer, con las manos siempre en la nuca, caminó hacia el comedor.

Ante el golpe dado a la mujer, el hombre giró rápidamente el torso, sin mover las piernas ni bajar los brazos, y se quedó mirando fijamente al conscripto. La furia lo invadía, pero se dominó porque sabía que toda acción o palabra no sólo resultaba inútil, sino que echaría a perder aún más las cosas. Si el oficial o los soldados persistían en su intento de encontrar lo que no había, tendrían lugar

escenas muy desagradables. A pesar de que el comedor distaba sólo unos pocos metros, percibía nada más que un murmullo indescifrable de lo que hablaba el oficial y las respuestas que recibía. No había tenido la precaución de conversar con sus muchachos acerca de cómo proceder en caso de allanamiento, aunque no lo había tomado de sorpresa y casi lo esperaba. Temía que uno de los dos mayores, en un momento de impaciencia o por altivez, hubiera reconocido ser militante de la Jota.

Reflexionó sobre lo que tendría que hacer si querían llevarse preso a alguno. ¿Ofrecerse a cambio? No resultaría. Si intentaban llevarse a la hija tendría que hacer cualquier cosa, porque se imaginaba lo que le ocurriría en un cuartel de regimiento o en los lugares de detención. Pensó en recurrir incluso a la amenaza personal para presionar al oficial. Si era cobarde podría dar un buen resultado.

Sabía que sería el último en ser interrogado y empezó a pensar acerca de qué actitud adoptar. Luego desistió. Habría que ver primero lo que pretendería el oficial. En todo caso, lo importante era mantener la calma.

La mujer regresaba, temblorosa y llena de agitación. Se oyó la voz del oficial:

—Soldado. Permítale a la señora que se siente.

—A la orden, mi mayor. Señora, pase a sentarse.

Era el turno del marido. Ahora el diálogo fue más largo y animado.

El hombre, siempre con la frente apoyada en la pared, lograba ahora recoger algunas palabras sueltas, deshilvanadas, pero no le era difícil imaginar las explicaciones que su primo ofrecía al mayor y que corroborarían las que seguramente había hecho su mujer y habían obtenido el mejoramiento de trato dado a ella por orden del oficial:

—Que él no era de la UP ni lo había sido nunca. Todo lo contrario. Él era comerciante y vivía en Villa Alemana; había venido a Santiago a saber de sus hermanos y su familia porque en su pueblo se decía que en la capital había habido una lucha terrible con muchos muertos y heridos. Que él estaba de acuerdo con la intervención de las fuerzas armadas porque no quería perder lo que tanto trabajo le había costado juntar. Que había apoyado la huelga de los camioneros (de seguro mostraría recibos de su contribución financiera a la huelga). Que ojalá la

intervención de las fuerzas armadas hubiera sido antes para evitar que los marxistas hubieran llegado a los extremos peligrosos a que se llegó. Que él sabía que ahora volverían a imperar el orden y la disciplina que en el país se necesitaban...

El hombre sintió asco. Luego le tocaría a él. Esperaba que su pariente no lo hubiera comprometido en sus declaraciones.

—Usted, camine. No baje las manos.

Se movió pausadamente, mirando de soslayo al conscripto. Adivinaba en él el deseo de empujarlo, de hundirle la culata de la metralleta por las costillas; ello, junto con ese temor indisfranzable que reflejaban sus ojos.

Llegó al comedor. Allí, sentado, el mayor, con su pistola sobre la mesa y un libro en la mano: *Corvalán, 27 horas*, una larga entrevista periodística que se había publicado hacía ya tiempo y en la que el jefe de los comunistas explicaba la posición de su partido en el proceso chileno.

Durante un momento se sintió ridículo y molesto. Luego, bajó lentamente los brazos, recorrió el cierre de su chaleco, lo abrió y dijo:

—Vea, oficial. Estoy desarmado. Tampoco voy a correr el riesgo de que se arme una balacera estando mis hijos presentes. Además, ya estoy cansado. Me parece innecesario que deba estar con los brazos en alto.

—Está bien. Baje los brazos.

—Supongo que estando en mi casa y en mi comedor, podrá usted permitir también que me siente.

—No. Permanezca de pie... y no hable mientras yo no le pregunte. ¿Entiende?

Se miraron en silencio. Ambos preguntándose cómo se desarrollaría el interrogatorio y cuál sería la mejor forma de abordarlo.

El aspecto calmado y casi displicente del hombre desconcertaba al oficial. La propia actitud de los muchachos en el interrogatorio, sin dejarse amilanar, con respuestas rápidas y sin contradicciones, le habían inspirado respeto. Algo parecido podía esperarse del padre de ellos.

Además, él no era experto en interrogatorios. Como solamente había sido oficial de la reserva, no tuvo la posibilidad de aprovechar las ventajas del Pacto de Ayuda Militar establecido con Estados Unidos

ni había asistido a los cursos de entrenamiento que los yanquis daban en sus bases de la Zona del Canal a los militares latinoamericanos. Allí se aprendía hasta a hacer cantar a los muertos, usando desde estrategias psicológicas hasta drogas especiales o apremio físico, vulgo torturas.

Esa falta de entrenamiento hacía que se le oprimiera el estómago cuando su tropa golpeaba y abusaba de la gente en los allanamientos hechos en las casas humildes. Una cara llena de sangre, o un cuerpo doblado y quejumbroso por los golpes en el vientre o en los testículos, casi copaban su capacidad de aguante. Había sentido deseos de vomitar, sobre todo la primera vez, pero ya notaba que de a poco se iba acostumbrando. En el allanamiento de esa tarde, en el barrio de San Miguel, había visto casi con frialdad cómo lo quebraban los dedos de las manos a uno que negaba estar relacionado con los Palestros y que después confesó que había sido chofer de la municipalidad, aunque siguió negando saber cosa alguna sobre depósitos de armas u hospitales clandestinos. En fin, la orden recibida había sido emplear el máximo de brutalidad para que a los afectados no les quedaran ganas de volver a meterse en política para el resto de su vida.

Él también, por supuesto, se daba cuenta de que la dureza era indispensable para tratar a estos marxistas. ¿No habían querido tomarse el poder y establecer la dictadura del proletariado? ¿No estaban preparando el camino para hacer una degollina con los oficiales de las fuerzas armadas y después liquidar a la capa más valiosa de la sociedad chilena para establecer un gobierno de ignorantes y ambiciosos, dependientes y esclavizados por el comunismo internacional? Éste, que estaba parado frente a él, ¿no ocultaría tras su semblante inexpresivo uno de los cerebros del crimen que se estaba gestando y que tan oportunamente había sido impedido por la acción decidida e implacable de las fuerzas armadas? Pero no, si hubiera sido un dirigente de alguna importancia entre los marxistas no habría sido posible sorprenderlo tan fácilmente en su propia casa; seguramente se habría ocultado o refugiado en alguna embajada.

Decidió hacer un interrogatorio normal, hablando como con confianza, y modificar su actitud según se fuera presentando el caso. Le mostró el libro de Corvalán:

—¿Ve usted? Éstas son las cosas que envenenan al país y que nosotros no quisiéramos encontrar. Usted es comunista. ¿Verdad?

Por ahí iba el asunto. El hombre casi sonrió al recordar que le había dado largas vueltas a eso de quemar los libros que podían ser comprometedores, como se estaba haciendo en muchas casas en Santiago desde que se mostró por televisión la hoguera de libros hecha por los soldados durante el allanamiento en los edificios de departamentos ubicados frente a la Alameda. Recordó la rabia y la repulsión que le habían producido esas escenas y cómo, conversando con sus hijos, habían decidido no quemar ni hacer desaparecer ningún libro. Miró al oficial y respondió:

—Si usted revisa mi biblioteca va a encontrar toda clase de libros. También está allí uno que escribió Onofre Jarpa, lo que no significa que yo sea miembro del Partido Nacional. Así, el que haya usted encontrado el libro de Corvalán no tiene por qué significar que yo sea comunista.

La respuesta era lógica. El mayor decidió cambiar el tema y mostrarse al mismo tiempo más duro:

—Su carnet dice que usted es empleado. Cuénteme dónde trabaja y qué hace.

—Soy funcionario del Ministerio de la Vivienda, trabajo como ingeniero.

—¿Desde cuándo está ahí?

—Ingresé en 1967.

El oficial lo miró sorprendido. Eso era en tiempo de Frei. Pensó en probar de intimidarlo un poco:

—Tenga cuidado con lo que dice. Si me cuenta mentiras puedo comprobarlas y le costaría caro. Ya sabe a lo que me refiero.

Se encogió de hombros:

—Puede usted comprobar lo que le parezca. No necesito mentir.

—¿Qué armas tiene en esta casa?

—No tengo armas. Salvo que usted quiera llamar armas a un cuchillo de monte que hay en alguna parte y que ni siquiera sé dónde se encuentra.

—El miércoles pasado, durante el toque de queda, su hijo estuvo acarreando materiales en una carretilla. ¿Qué era lo que llevaba?

—Supongo que ya le preguntó a él. Era madera, la misma que está apilada en el patio de atrás, como habrán podido ustedes comprobar.

El interrogatorio siguió por unos momentos. Que cuántos vivían en la casa; que si la casa era propia y desde cuándo la tenía; que si conocía a éste o este otro personaje. Ya se notaba que era sólo rutina y que las preguntas estaban formuladas sin mayor interés.

Al rato, en la puerta a sus espaldas apareció un soldado e hizo una seña al oficial. Éste se levantó, recogió su pistola y la enganchó en su cinturón. Luego habló en alta voz, para el conscripto:

—Soldado, deje libres a los prisioneros.

Y enseguida, dirigiéndose al hombre:

—Venga conmigo, quiero hablarle a todos ustedes, pero antes vaya con este soldado y abra las puertas de su automóvil para revisión.

El hombre salió al antejardín, acompañado del sargento, y vio extrañada los grupos de soldados que estaban afuera fumando, conversando, desmontando las ametralladoras y preparándose para partir. Abrió las puertas del coche y volvió a entrar.

El mayor había reunido a la familia en el *living*, se había puesto frente a ellos con tres soldados a su espalda y se aprestaba a iniciar una especie de discurso. En ese momento, el menor de los muchachos habló precipitadamente:

—Papá, mire lo que llevan ahí.

Uno de los soldados iba saliendo con el proyector de diapositivas en la mano. Al verse sorprendido se detuvo y miró al oficial. Éste habló severamente al muchacho:

—No te preocupes, nosotros buscamos armas, no andamos en tren de robo. Eso lo llevan afuera para examinarlo y te lo devolverán enseguida.

Después empezó con su alocución:

—Hemos hecho este allanamiento porque recibimos una denuncia responsable y, por suerte, hemos comprobado que no era efectiva. Deben ustedes comprender que estas cosas, aunque ingratas, son

necesarias en los difíciles momentos que vive nuestro país y que han obligado a la patriótica intervención de las fuerzas armadas.

Siguió hablando por un rato —de la patria, del marxismo, de la libertad, del destino de Chile, de la posición patriótica y democrática de los altos mandos de las fuerzas armadas.

El hombre lo miraba en silencio y con curiosidad. ¿Creería él mismo en lo que estaba diciendo? Esa fraseología reaccionaria y hueca pertenecía a otra época que, de súbito, se había transformado de pretérita en presente traída a la actualidad por esos hombres de uniformes grises y cascos de acero, armados, educados y adiestrados por otros hombres que representaban la filosofía de dominio de la potencia imperial. El aire de arrogancia del oficial, sus palabras y gestos decididos, sus modales autoritarios, no lograban ocultar que tras ellos no había otra cosa que una mentalidad simple, llena de prejuicios formados con eslóganes baratos; que era y seguiría siendo un dócil instrumento en manos de los grandes e inescrupulosos intereses que les habían lanzado canallesamente a declarar la guerra a su propio pueblo, a darle un baño de sangre a su país, en nombre de la defensa de una democracia que ellos mismos estaban destruyendo desde sus cimientos. Se estremeció al pensar en lo que le esperaba a ese pueblo, que había vivido durante tres años un sueño de liberación y de justicia, bajo el dominio sin contrapeso de los que buscarían una cruel revancha protegidos por estas marionetas en uniforme de combate.

El discurso llegaba a su término:

—...esperamos que todas estas dificultades terminen pronto y que el país pueda volver a la normalidad una vez que haya desaparecido el peligro marxista que pudo llevarnos a un profundo abismo.



Por último, habló dirigiéndose al muchacho menor:

—Ya te trajeron tu máquina. Anda a ver dónde te la dejaron.

—No, no es necesario. Le creo.

—Sí, anda inmediatamente y me vienes a informar.

El muchacho fue y volvió:

—Allí está.

—¿Ves? No debes ser tan desconfiado y tienes que acostumbrarte a respetar a los soldados de la patria. Buenas noches, señores.

Sólo dos respuestas, los primos:

—Buenas noches, oficial.

Eran ya pasadas las 12 de la noche. Se escuchó el ruido de los motores de los *jeeps* en que el mayor y su patrulla se retiraban. Los nervios tensos de los allanados empezaban a distenderse y varios hablaban al mismo tiempo.

El hombre se dirigió a la despensa, sacó la única botella de vino que allí había, pidió vasos para todos y dijo, mientras servía el contenido de la botella:

—Vamos a brindar por los soldados de la patria.

Los muchachos y los primos lo miraron sorprendidos. Sonrió con amargura y por su mente cruzó el recuerdo del cadáver de un joven que había visto el día anterior en una calle del centro, tirado en el suelo y semicubierto con periódicos. Levantó su vaso y brindó:

—¡Porque todos estos fascistas traidores y asesinos se vayan a la concha de su madre! ¡Salud!

Los vasos se levantaron y se vaciaron al seco. También los primos.

De lejos llegaba intermitentemente, como seguiría llegando por mucho tiempo, el ruido aterrador con que se desgranaban en la noche las balas de las ametralladoras. ●

